

# CHARLAS DEL PEBETE

Estamos asistiendo, como si tal cosa, á una de las revoluciones más estupendas que registra en sus páginas, no sólo la historia universal, sino la de los demás países, según diría don Andrónico.

La huelga de los conventillos, iniciada bajo auspicios modestos y sin pretensiones, crece y se agiganta en proporciones tales, que ya invade las casas de departamentos, salpica con sus oleadas reivindicadoras las casas á secas y amenaza los palacetes, quintas, chalets, *homes*, y en resumen, toda madriguera humana; *pauperum tabernas regu aue turres*.

Mucho se ha venido hablando de los milagros de la propaganda, pero quedan reducidos á la categoría de gusanillos humildes ante los que realiza la *pro-nopaganda*. Si hay quienes se las arreglan de modo que persuaden á las gentes de la conveniencia de dar plata y hasta su sangre ó la de sus amigos en aras de este ó el otro ideal, ¿cómo no han de tener éxito los que recomiendan á su auditorio que no pague ni á tres tirones? No tienen que hacer grandes alardes de elocuencia, porque se dirigen á convencidos, con más eficacia y sinceridad que los oradores de comité.

Si hay algo en el mundo tan dulce como el cobrar, es, sin duda, el no pagar. Todo se queda en casa cuando nada cuesta la casa. Basta poner de relieve esta verdad sencilla para conseguir prosélitos; pero los hombres prefieren mecerse en fantasmagorías nebulosas á fijar la mirada en lo que les rodea y una vez más se ha demostrado que "Buenos Aires, patria hermosa", es el país en que todas las ideas cuajan y en que todas las recetas de la cocina social se llevan inmediatamente á la sartén ó al puchero.

Si Tolstoi en vez de vivir retraído en Tula, población que tiene nombre de perra, se hubiese venido á la Argentina hace un cuarto de siglo, cuando expuso sus planes de transformación del mundo por la resistencia pacífica de los contribuyentes al pago de los impuestos, se habría evitado la fatiga de estar desgastando todo ese tiempo "al divino botón", porque aquí se le hubiera llevado en seguida el apunte. Pero nunca es tarde si la dicha es buena y una vez más cabe la honra de ensayar *in anima vili* una teoría estupenda, mientras los europeos se pasan los lustros charlando hasta por los codos y sin poner el cascabel al gato, simbolizado para nuestros huelguistas hoy en el casero, mañana en el fisco y pasado mañana en el sastre, la modista, el almacenero, el constructor y en todo aquél que tenga el cñico atrevimiento de presentarnos una factura con tendencias á la fractura del bolsillo.

Porque, hay que renunciar á la burguesa esperanza de que la representación de la tragicomedia con que nos obsesaban los inquilinos huelguistas, y los jueces de paz con vistas á lo Magnaud y el *intendente* conciliador y "bondoso con sonrisa" termine en las primeras escenas. Hasta ahora no hemos pasado de la exposición, falta el nudo, que probablemente será gordiano, y luego tiene que venir el desenlace, esto es, no pagar; para que en el peor de los casos posibles, no nos pille el fin del mundo sin dinero.

En este sentido los de la *pro-nopaganda* son apóstoles y precursores de la nueva era de Saturno. "Eran en aquella edad



todas las casas comunes"—dirán los ventistas del porvenir describiendo nuestra dichosa época. Elegía cada cual inmueble que le convenía, poniendo en calle al casero, al subarrendatario y más chupópteros, y como la población crecía por la baratura de los alquileres reducidos á cero, las piezas estaban alrotadas de inquilinos gratuitos y había que pensar mucho antes de salir á la calle, porque el que se fué á Sevilla, dió su silla y no había más remedio que unirse á un grupo para encontrar posesión en otra parte. Con esto, la vida era lo más ameno y divertido que podía imaginarse; nadie sabía por la mañana de dormiría aquella noche y en la puerta de todas las viviendas se ostentaba en los tramways la inscripción "completo", débil barrera para los asaltos malones, que, por lo demás, solían darse á poner en las veredas á los dormían bajo techado y no sabían hacer frente á la bullanguera y chistosa *vasión*. El fisco no cobraba un centavo y sin embargo, no faltaban patriotas que aún se despepitaban por ser diputados y ministros, lo que dió lugar á rasgos de civismo desinteresado que casi necen. Generalizada la huelga en los pos, trabajaba en ellos quien quería y guardaba la cosecha quien podía. A la extinción de la especie "casero" siguió de toda clase de vendedores y era de la vertiginosa actividad que desplomaron las personas más sedentarias y poltronas para resolver el problema gastronómico, aunque fuese al modo astorgano. En su ma, reinaba por doquiera la animación, hombres y mujeres iban de un lado para otro con la boca abierta y los ojos saltones y aquello daba gusto.

Algo así presumo que dirán de nosotros en el futuro, y si los huelguistas siguen adelante como verdaderos apóstoles del deber, tengo por cierto que vamos á divertir de firme. Pocos serían los que no acepten con alegría no cobrar si cambio de que nadie les cobre y ya quedarán más pagos que las estancias.

Después de esto, cualquiera se puede reír de las revoluciones correntinas y los peces de colores.

P. B. T.